

¿Economía o crematística?

Jesús Conill

Universidad de Valencia.

A fin de comprender las características de la vida moderna, a veces conviene hacer memoria y comparar lo que nos pasa con otros escenarios, no para pretender regresar, pero sí para que nos ayude a profundizar en los entresijos de nuestra vida y a descubrir el sentido de lo que hayamos decidido hacer con ella. En este sentido no vendría mal meditar sobre el dinero, convertido cada vez más en el centro de la vida, y no perder de vista que la concepción del dinero depende del modo de entender la economía y del marco ético en el que se sitúe la actividad económica.

Como es sabido, la Economía es una ciencia antigua, que tiene sus orígenes en el siglo iv antes de Cristo, tanto en la filosofía práctica aristotélica como en el *Arthasastra* de Kautilya.¹ Lo que ocurre es que ya entre estos «dos orígenes» existe una diferencia persistente hasta la actualidad. Por un lado, el enfoque aristotélico estaba íntimamente relacionado con la ética y, en cambio, en el de Kautilya predomina el sentido técnico de la economía.

Algo parecido ha sucedido en la época moderna. También en los orígenes de la ciencia económica modernase descubrió una vinculación entre el sentido moral y el técnico, por ejemplo, en Adam Smith. Sin embargo a me-

didada que avanzó el proceso efectivo de racionalización moderna fue predominando el lado positivista y técnico de la economía, perdiéndose de vista en su propio horizonte el sentido ético, hasta el punto de haberse generalizado la convicción de que la racionalidad económica, convertida para muchos en el modelo de racionalidad moderna, excluye de por sí todo planteamiento ético. De tal manera que la escisión entre lo ético y lo técnico en la economía constituye un problema social que todavía no hemos sabido resolver del todo.

Ahora bien, el hecho de que tanto en sus orígenes antiguos como modernos la economía haya tenido una vinculación intrínseca con el enfoque ético vale al menos como síntoma de algo que los actuales desarrollos de la propia racionalidad económica acreditan de nuevo, ya que éstos reclaman cada vez más el componente ético desde los propios planteamientos de la teoría económica.

Y si esto es así cabría plantear entonces la siguiente alternativa: o bien fallan estas teorías que reclaman el componente ético porque no responden a la realidad, o bien los agentes económicos son los que andan atrasados y no hacen más que ofrecer resistencias de modo «reaccionario» al impulso que la misma realidad

está exigiendo para que la economía funcione mejor. En este último sentido habría que fomentar un cambio de la estructura motivacional de los agentes económicos, ya que el dinamismo de la realidad estaría exigiendo un cambio en la dimensión subjetiva (intersubjetiva), es decir, una transformación de aquella mentalidad, muy segura de sí misma, que no haría, sin embargo, más que servir de estorbo para la buena marcha de la economía, según prestigiosas teorías actuales.

Así pues, no le vendría mal a la economía hacerse ética, si es que ha de considerarse desde el fondo social como la dimensión en que se producen y distribuyen los recursos que permiten vivir lo mejor posible en una sociedad que se considera tan avanzada. He aquí una intrínseca función ética de la economía. Su racionalización, pues, no debería autonomizarse hasta el extremo de prescindir del contexto ético-social.

Pues bien, si recordamos el sentido originario de la economía (*oikonomía*) como administración doméstica en Aristóteles,² quedará claro el significado del tránsito desde el contexto clásico antiguo al moderno, en el que cada vez más el centro de la economía va a ser lo que Aristóteles denominó «crematística».

Cuando la *economía* surge como saber específico en Aristóteles la tarea económica primordial es la *administración de la casa* y, por extensión, la de la ciudad, ya que la «comunidad civil» o ciudad se componía de un modo natural y básico de casas.

De la economía en sentido estricto Aristóteles distinguía la *crematística*, pues ésta se ocupa de la *adquisición* y aquella de la «*utilización* de los bienes domésticos». No obstante, hay una especie de arte adquisitivo que es natural y forma parte de la economía, ya que es propio de quienes administran la casa y la ciudad: se trata de aquel arte adquisitivo en virtud del cual «la economía tiene a mano, o se procura para tener a mano, los recursos almacenables para la vida y útiles para la comunidad civil o doméstica». Y «estos recursos parecen constituir la verdadera riqueza, pues la propiedad de esta índole que basta para vivir no es ilimitada».

Hay otra clase de arte adquisitivo, la *crematística*, para la cual «no parece haber límite alguno de la riqueza y la propiedad». Según Aristóteles se basa en una *utilización no natural* (no adecuada) de los objetos, sino exclusivamente como «*objeto de cambio*»; y es «producto de cierta experiencia y técnica».

Y es que en un principio el cambio ocurrió de un modo natural, ya que sirvió para completar la «suficiencia natural»; era preciso hacer cambios según las necesidades, por tener unos más y otros menos de lo necesario. Cuando este comercio al por menor se limita a «lo suficiente» forma parte de una *crematística natural*. Pero una vez inventado el dinero (a consecuencia de las necesidades del cambio) surgió otra forma de *crematística*, cuando los

cambios se hacen «para obtener el máximo lucro».

La *crematística* parece tener que ver, entonces, sobre todo con el *dinero* y su misión parece ser averiguar como se obtendrá la mayor abundancia de recursos, pues es «*un arte productivo de riqueza y recursos*»: de ahí que la riqueza se considere muchas veces como «abundancia de dinero», porque de eso se trata en la *crematística* y el comercio.

Hay, pues, según Aristóteles, *dos tipos de crematística y de riqueza*: 1) la *crematística y la riqueza naturales* (propias de la administración doméstica), y 2) la *crematística comercial y productiva de dinero mediante el cambio* (de la que se excluye la del comercio al por menor limitado a lo suficiente).

La *crematística comercial* parece tener por objeto al dinero, ya que el dinero es el elemento y el término del cambio, y la riqueza resultante de esta *crematística* es ilimitada; en cambio la economía doméstica tiene un límite, pues su misión no es la adquisición limitada de dinero, sino la satisfacción suficiente de las necesidades de la comunidad (las cosas que componen la ciudad).

Sin embargo Aristóteles, a pesar de su distinción entre la economía (doméstica) y la *crematística*, una distinción basada en el *modelo evaluativo-normativo conforme al orden natural*, se da perfectamente cuenta de que, aunque «toda riqueza debe tener un límite», «sin embargo vemos que ocurre lo contrario, pues todos los que trafican aumentan su caudal indefinidamente».

Esto se debe, según Aristóteles, a que hay quienes piensan que lo que hay que perseguir con la propiedad es su propio aumento, y de que lo que se trata por

tanto es de «aumentar indefinidamente la riqueza».

Aristóteles cree haber detectado dónde se encuentra el origen de esta concepción de la riqueza, cuando nos dice lo siguiente: (1) «la causa de esta actitud es el afán de vivir, no de vivir bien, pues siendo este apetito limitado apetece medios también ilimitados»; (2) además, los que «aspiran a vivir bien» buscan los medios necesarios, que parecen depender de los «bienes que se poseen».

Así es como cree Aristóteles que ha surgido la forma de *crematística no natural*: «al perseguir el placer en exceso procuran también lo que puede proporcionarles ese placer excesivo», intentando conseguirlo por el medio que sea, «usando todas sus facultades de un modo antinatural. De ahí que, de tal forma, «algunos convierten en *crematísticas* todas las facultades, como si el producir dinero fuese el fin de todas ellas y todo tuviera que encaminarse a ese fin».

Según Aristóteles, pues, hay una «*crematística innecesaria*» surgida de un afán desmesurado e ilimitado de riqueza, que es censurable «porque no es natural, sino a costa de otros», y de la que surge la «usura», «porque en ella la ganancia se obtiene del mismo dinero y no de aquello para lo que éste se inventó, pues el dinero se hizo para el cambio, y en la usura el interés por sí solo produce más dinero». Y «el interés viene a ser dinero de dinero; de suerte que de todas las clases de tráfico éste es el más antinatural».

A pesar de esta concepción aristotélica, hubo banqueros en la Grecia clásica, los *trapezites*, que iniciaron el cálculo del interés. Posteriormente, en Roma, los *ar-*

gentarii se dedicaron al cambio de monedas y a la anticipación de fondos; y los llamados *foeneratores* se especializaron en las actividades relacionadas con el crédito. Precisamente en este contexto crediticio es donde surge la «usura» como el interés por el uso de los capitales prestados. En definitiva, allí donde hay un cierto desarrollo de la actividad económica y comercial se necesitaba recurrir a los servicios de la banca.

Surge así un espacio comercial nuevo, cada vez más poderoso en

el desarrollo empresarial de la época moderna y contemporánea:³ el dedicado especialmente al dinero y a todos los servicios relacionados con él, por tanto, un conjunto de actividades cuyos riesgos justifican el correspondiente beneficio en este campo de la economía. Pero ¿no hay ningún criterio ético-económico que pueda orientar a que se mantenga el *sentido* de esta actividad, de tal manera que preste un verdadero *servicio* a las personas e instituciones? He aquí una de las

tareas más urgentes de los estudios económicos que no quieran hacer caso omiso de sus intrínsecos componentes éticos. **A**

Notas

1. A. Sen: *Sobre ética y economía*. Alianza Ed., Madrid, 1989. (Política, Libro I).
2. Aristóteles, *Política*, Libro I.
3. A. Cortina: *Ética de la empresa*. (Trotta, Madrid, 1994).